

Las palabras, para los jóvenes, deben corresponder a las acciones. Ernesto ha dejado el comunismo para pasar a la práctica. Si en una memorable novela de Luis Goytisolo (*Recuento*, 1973) los jóvenes que distribuyen octavillas terminan en la cárcel, en ésta de Cebrián, nos advierten que «distribuyendo octavillas no se arreglaba nada.» La identidad política se define también frente al otro extremo del discurso, la violencia de ETA: «Muchos demócratas acusaban a los etarras de que sus acciones no lograban sino radicalizar la represión» (44). Frente a la dialéctica etarra de «cuanto peor, mejor,» Ernesto propone otro programa: «Huelgas, marchas de protesta, sentadas pacíficas, pintadas...» El franquismo sucumbirá, aunque sea un monstruo de mil cabezas, cuando la sociedad civil reconstruya la esfera pública, allí donde la política es un ejercicio de la comunicación y el debate. La novela es el género ya no de la «plaza pública» historiada por Bajtín, sino de la «esfera pública,» del relevo de los hablantes en el foro.

La primera aparición de Carrera Blanco, jefe de gobierno y cabeza del franquismo, declara que el sistema se debe al espectáculo caricaturesco de su repetición: «Era un individuo de corte corpulento y andar parsimonioso, con una cara reconocible entre un millón por culpa de esas cejas, pobladas como dos retamas de algodón ennegrecido, y de unas orejas inmensas, elefantiásicas, que amenazaban con derramarse por el suelo en cualquier instante.» La caricatura no oculta su ferocidad: ese discurso es contra la Universidad. «Es obvio que no sentía la necesidad de convencer a nadie y que realizaba un trámite obligado, pero inútil. El teatro de la política adquiriría así, pensó Eduardo, todas sus connotaciones de simulacro, cercanas al engaño». No es casual que la Universidad aparezca como un espacio abierto y contrario, aun si la institución sea una de las supervivencias del anacronismo franquista. Eduardo Cienfuegos es el joven periodista que verifica estos destiempos e ironías.

Por lo demás, antes de la esfera pública, antes de las comunicaciones como espacio político, estaba la tertulia, derivada del antiguo mentidero, y debida a la vetustez del género del cotilleo.

«—Lo que pasa es que son unos desagradecidos. Se lo deben todo a Franco —terció Ansorena, voluntario de la División Azul antes de hacerse militar de carrera. Ahora estaba retirado y se

empleaba en un negocio de representación, vendía aspiradoras puerta a puerta y, cuando la dueña de casa dudaba en abrirle, enseñaba su carné de comandante de la Legión, argumento que de inmediato acababa con toda resistencia».

El poder, así, intercambia las palabras por las cosas en la balanza del miedo: su verdad unívoca todo lo sabe y carece de duda. Ese abuso del lenguaje lo condena al monólogo en voz alta. El franquismo es una tertulia sin conversación.

El lenguaje político, por lo demás, se diversifica gracias a su puesta a prueba en América Latina. No sólo gravita el mesianismo de izquierda, también el cristianismo radical. Sus modulaciones mexicana, cubana, chilena, revelan discursos en sus límites a veces trágicos, pero también los límites de la modernidad desigual y la democratización intervenida. La teología de la liberación, «escuela rampante de los cristianos de base y las organizaciones revolucionarias,» adelanta «el diálogo entre cristianos y marxistas,» tanto en América Latina como en España transitiva.

Esta identificación de los personajes en el «dramatis persona» de los partidos políticos, las nuevas ideas, y el cristianismo renovador, pasa también por la libertad sexual y la crítica de las represiones. Pero si esa es la identificación del sujeto de las varias transiciones, el monólogo autoritario no hace sino repetirse: sus mismas leyes, nos dice la novela, llevan apariencia moderna pero no se cumplen. Un decreto exonera las culpas de la guerra: «desaparecen todas las responsabilidades penales anteriores al 1 de abril de 1939, es decir las emanadas de la guerra civil». «España es diferente», ha sancionado el Ministro de información, y el turismo creciente así lo demanda. Franco mismo anuncia que ha empezado la política del olvido: «Hoy podemos decir, a todos los efectos, que la guerra ha terminado y para bien de España.» Treinta y tres años después de empezada, la memoria de los vencedores requiere el olvido de los vencidos y la amnesia promovida por el bienestar. Jaime, otro de los jóvenes personajes que ha nacido después de la guerra, exclama: «Éstos del Opus, cuando vayan al cielo, se lo van a encontrar lleno de putas».

La Célula clandestina de los amigos tiene como demanda de identificación pasar de las palabras a la acción, pero es fundamentalmente una comunidad secreta del diálogo como proyecto polí-

tico, allí donde debería gestarse una política que no sea sólo el arte de lo posible (laboriosa negociación requerida por las transiciones) sino el arte de combatir a los animales (Platón); en este caso, a los dinosaurios o dragones a nombre de la polis y el ágora. El lugar de la pareja es otro debate que se abre al drama. Ramón, el marxista, lo anuncia:

- «¡Nosotros que creíamos que la revolución era el amor libre!
- El amor es siempre libre –terció ella.
- Sí, aunque tú te has convertido en un ama de casa.

Quiso herir su orgullo pero Marta no sintió daño, sino halago. El amor es siempre esclavo también, pensó, como cualquier otra pasión. Si hemos sido siervos obedientes del partido y su doctrina, ¿por qué no serlo de nuestra propia vulgaridad?».

Esta vez, la identificación lleva el precio de la renuncia, porque la memoria es también personal, y las opciones se deben a la esfera de lo privado. Ella, por eso, se reconoce en el «afecto por él, algo parecido a la amistad o a la lealtad, que en realidad era ser fiel a sí misma, a su pasado. O sea que tenía un pasado: la edad de la razón era también la edad de la memoria».

Esa memoria, construida por el presente, es otro tiempo liberado frente al olvido. La definición es clásica: la memoria es una economía del olvido. Gracias al olvido los personajes se recuerdan como la parte ganada al porvenir.

Las palabras, por fin, son los hechos mismos, y responden por la identidad de cada quien en la fluidez de los cambios. Mientras el estado corporativo legisla su propia transición hacia la monarquía restaurada, Ramón ha elegido el exilio en una Universidad norteamericana. Entre tanto, el poder no ha dejado de actualizarse: «Cuando el señor Cienfuegos echó cuentas, se preocupó seriamente por el giro que iba adquiriendo la operación. Entre la mordida de la alcaldía, la coima para el concejal, pagar a Ataúlfo, lo que le dieran a Mirandita, la comisión de Ansorena y el margen lógico para la empresa, los precios ofertados no resistirían».

Jaime, en cambio, huye de la política, reconoce su vocación religiosa y recupera los hábitos. Sólo le importan «los otros, los pobres, los desheredados, los presos, los perseguidos, las putas y

los paganos –se sonrió, complaciéndose otra vez en sus recuerdos» (226-27). Su lección no es menos política: la memoria del yo se debe a los otros. El aprendizaje ético, para esta célula del futuro, pasa por las opciones que dan nueva forma conflictiva a una España, tal vez, mutua.

«Amamos a España porque no nos gusta», había concluido José Antonio, mientras que los franquistas se identifican en que no les gusta Picasso. Una banda fascista incendia una librería en el centro de Madrid, uno de los jefes policiales ha disparado su pistola en la Universidad, y Carrera Blanco, ofendido por una pieza de Brecht, restablece la censura del teatro. La muerte de Franco se cierne como la incertidumbre del poder sobre la certeza del futuro, que se define como «un franquismo sin Franco.» La epidemia de cólera alarma al poder (ese nombre anti-turístico se les antoja una «palabra muy fuerte... casi revolucionaria») y deciden llamarla «diarrea estival» (299). Hasta los policías del régimen buscan su identidad en esa transición sin Franco: «Lo sabemos todo,» sentencian los sabuesos, porque «todos tenemos siempre algo de lo que avergonzarnos, todos podemos ser sometidos al chantaje de nosotros mismos, y es únicamente sobre esa convicción...sobre la que es posible organizar la convivencia de un país. Por eso, al fin y al cabo, somos tan necesarios los policías. Funcionamos como el espejo de la madrastra, reflejamos el mal que anida en los demás y permitimos, así, sus ensueños de redención» (325). España se debe a la policía, cuyo espejo devuelve la identidad del sujeto subyugado.

No hay futuro, se nos dice, sin la memoria de la represión, que es una culpa mutua ganada en el franquismo.

- «¡Vamos, que son como franquitos!
- Como franquitos somos todos un poco en este país, ¿no le parece?».

Y, luego, explota una bomba (tal vez la Providencia ha encendido la mecha, comenta alguien) y vuela por los aires el coche de Carrera Blanco, la cabeza visible de Franco. El asesinato político hiere al régimen, moribundo pero capaz de sobrevivirse, y muy capaz de recuperar su máscara impersonal, gracias a los «franquitos» de bigote cepillado, herederos del Caudillo.

En esta agonía del dragón, por lo mismo, la novela convoca discursos contrarios a la disputa por el valor de la memoria: la identidad de unos y de otros se configura como un relato disputado por las ya no dos sino varias Españas. Son los hijos los que arrojan paletadas de tierra sobre la tumba de los padres y, en consecuencia, sepultan los monumentos discursivos que han perdido al Yo y al Otro en la batalla. Quizá, dice la novela, los hijos de los hijos podrán, en el futuro, escoger a sus padres. Esto es, elegir sin miedo su propia memoria. Escribir, dado el caso, la nueva novela española, sin padrastros ni madrastras, creativamente.

La fuerza de ese tiempo proyectado es en esta novela de Juan Luis Cebrián un exorcismo que libera ya no el pasado excesivo sino el futuro dialogado.

Bibliografía

- Juan Luís Cebrián: *La rusa*. Alfaguara, Madrid: 1986.
– *La isla del viento*, Alfaguara, Madrid: 1990.
– *La agonía del dragón*, Alfaguara, Madrid: 2000.
– *Francomoribundia*, Alfaguara, Madrid: 2003.